

Barreiro Rivas, Xosé Luís

La España evidente

OVIEDO, EDICIONES NOBEL, 2014

Una de las virtudes de este libro, y tiene muchas, es que recupera para el ámbito de la ciencia política un tema, el de la identidad de la nación española que parecía haber sido abandonado en los últimos años, con muy honrosas excepciones, en favor de cultivadores de otras disciplinas bien de las ciencias sociales bien de las ahora llamadas humanidades. Sin desdeñar la aportación de estos últimos, que han enriquecido sobremanera el debate y aportado nuevas formas de visualizar este tema, lo cierto es que la problemática de la identidad nacional tiene enormes implicaciones ya sobre la forma del estado ya sobre su propia existencia que hacen ineludible su estudio en el marco de las ciencias políticas. Y estas, ocupadas cada vez más en estudios formales a imagen y semejanza de las ciencias económicas y con igual y esterilizador resultado, han ido apartándose poco a poco del análisis de estas temáticas, quizás porque estas no admiten fácil formalización o reducción a modelos de regresión lineal. Es por ello en primer lugar que este libro es digno de merecida loa, pues aporta una visión muy rigurosa, con herramientas analíticas muy adecuadas para ayudar a comprender el problema de la identidad española. Además, y esto no está mal resaltarlo en una época en lo que se estila es escribir mal como indicador de solvencia intelectual, el libro está pulcramente escrito, con páginas de gran belleza estética.

Pero el libro no merece encomio sólo por abordar el tema sino por lo que aporta y por los debates que puede abrir y que sin duda suscitará. Es un libro histórico en el que se documenta una historia de España resultado de un largo proceso de consolidación de un proyecto iniciado en la Hispania romana y consolidado luego en los siglos de existencia del reino de los godos en la Península Ibérica. Reino este que perviviría en la memoria profunda de los distintos reinos que configuraban la geografía política de la Iberia medieval y que se concretaría en la unión de reinos resultante del matrimonio de los Reyes Católicos en el siglo XV y que culminaría con los grandes logros de la España imperial. La visión que nos ofrece aquí el profesor Barreiro Rivas se entronca en este aspecto con una tradición histórica de corte liberal muy presente en autores contemporáneos como Córtazar o Antón, que escapa de la historiografía oficial del franquismo, pero también de las visiones negativas de la historia de España que florecieron al comienzo de la transición. Nos ofrece la visión de una España constitucional y moderna, bien integrada en el proyecto europeo y amenazada, como en otras etapas de su historia por fuerzas como el nacionalismo catalán actual al que dedica mucha atención, que podrían amenazar los logros de paz y estabilidad alcan-

zados en los últimos cuarenta años. En estos dos aspectos, el posible fracaso del proyecto europeo por la persistencia de sentimientos nacionalistas en significativos segmentos de las sociedades europeas, y la posible secesión de Cataluña, cuyo argumentario refuta extensamente, es donde radicaría en opinión del autor el horizonte sombrío del proyecto constitucional español.

Se puede estar de acuerdo con el diagnóstico de que estos son los dos problemas más importantes a los que España tiene que enfrentar como proyecto político a estas alturas del siglo XXI, pero se puede discrepar de las causas de los mismos y sobre todo de las posibles soluciones a los mismos.

Se puede coincidir perfectamente, por ejemplo, en que la construcción europea es un proyecto deseable y que ha traído y puede traer grandes beneficios tanto a España como al resto de los países europeos, pero no en la forma en que tal integración se está produciendo, sobre todo después del tratado de Maastrich. Históricamente han existido dos formas de integrar políticamente a Europa, la vía romana, como acertadamente la denominó Remi Brague, con una Europa dominada centralmente como lo fue en el Imperio Romano o en los sucesivos intentos centralizadores de Carlos V, Napoleón o Hitler y la vía cristiana con una Europa dividida en cientos de unidades políticas pero integrada cultural y religiosamente como la Europa medieval. Historiadores como E.L. Jones o Jean Baechler enfatizaron que la verdadera razón del éxito europeo es su falta de unidad política, que permitió la existencia de libertades no conocidas en otras zonas. Mientras la dividida Europa irradiaba cultura y libertades otras zonas centralizadas del mundo como la China se estancaban irremisiblemente. Esa división territorial no impidió para nada el intercambio de ideas, personas o mercancías entre los distintos territorios europeos y este proceso sólo se frenó con la aparición de grandes estados centralizados como Francia, que configuraron posteriormente el modelo a seguir. Existe un prejuicio latente en el libro a favor de la unificación e integración política como medio de superar divisiones, cuando es al contrario. Es paradójicamente la disgregación política en múltiples estados la que lleva a la unificación cultural y Europa nos ofrece abundantes ejemplos de ella, como bien apuntó Leopold Kohr hace ya bastantes años. Kathleen Freeman nos relata por ejemplo como la gran cultura griega se produjo en una Grecia dividida en decenas de pequeñas polis, que además de desarrollar una potentísima cultura fueron capaces de frenar durante mucho tiempo a imperios como el persa. Tras la unificación esta brillante cultura comenzó una etapa de declive imparable. La Alemania de Goethe o la Italia del Renacimiento, descrita maravillosamente por Burckhardt o Symonds, son otros dos buenos ejemplos de vitalidad cultural en un espacio no integrado políticamente. De hecho es en estas épocas de desunión cuando se crean culturalmente estas naciones. En el caso Europeo, los éxitos derivan de su primera etapa que no iba más

allá de una integración económica y comercial y no de la segunda etapa que pretende sujetar Europa a instituciones políticas centralizadas y cuyos primeros problemas estamos comenzando a percibir.

En lo que respecta a España, las conclusiones son muy similares. Es cierto que España ha hecho grandes aportaciones a la cultura universal, y entre ellas brilla especialmente la cultura andaluza, que como muy originalmente señala el profesor Barreiro es la cultura hispana realmente más original y distinta de las que pueblan la península ibérica, su verdadero hecho diferencial. Tampoco se puede negar la presencia en el diseño político de los reinos de España del viejo ideal del reino godo, al que se le dedica mucha atención en el libro. Peor tampoco se puede negar que los grandes logros hispanos fueron realizados por una Hispania dividida en reinos. Aragón en Italia y el Mediterráneo, Castilla en América y Portugal en África, América y la India. El esplendor se debe a los reinos por separado. La España unida en un sólo estado unificado desde el siglo XVIII tiene menos logros que mostrar. Es más la cultura andaluza que merecidamente se elogia en el libro es fruto primero de la secesión de Córdoba del resto del califato y segundo de la división en taifas independientes de su territorio. La brillante cultura islámica hispana, incluida la Alhambra, como prueba Pierre Guichard en un excelente ensayo, fue fruto de la inexistencia de un poder centralizado, y de hecho podría decirse que fue este fenómeno el que permitió la persistencia durante tanto tiempo de la cultura árabe en España.

En cuanto a la cuestión catalana habría que manifestar una paradoja. Cuanto más descentralizada está más unida parece estar a la cultura hispana, mientras que cuando se le niega autonomía más parece querer separarse. Nadie negará que el estado franquista fue un estado centralizado y monolítico y que no se adoctrinaba en el nacionalismo catalán en las escuelas y medios de comunicación. ¿Cómo se explica entonces que ya en las primeras elecciones tras el franquismo las fuerzas más votadas, en proporciones muy similares a las de hoy, fuesen nacionalistas? El secesionismo de hoy viene en buena medida de la impugnación legal a un estatuto de autonomía triplemente legitimado en parlamentos y urnas, mientras que cuando el estado español en tiempos del presidente Zapatero aceptó negociar y ampliar el estatuto el pueblo catalán votó muy mayoritariamente a partidos estatales, dejando a los abiertamente secesionistas reducidos a la mínima expresión.

Muestra el libro una visión pesimista a respecto de la unidad de España. Pero estos temores parecen infundados. España, a pesar de la crisis, se ha convertido en país del primer mundo, y sus niveles de riqueza económica y producción cultural siguen siendo los mejores de su historia y su capacidad de formular un proyecto atractivo siguen intactas. La hipotética separación de uno o varios de sus territorios no la disminuirían para nada, es más podría incrementarla, dado que la cultura cata-

lana como se pone de manifiesto en el libro forma parte clara de la hispanidad. De la misma forma que una América hispana dividida en múltiples estados no ha perdido vitalidad, o por lo menos no se percibe cual es la ventaja de Brasil sobre Uruguay o Chile por ejemplo, una cultura hispana dividida en varios estados tampoco tendría porque perderla, de así deseárselo los ciudadanos de los antiguos reinos de España.

Este libro es una excelente aproximación a los problemas de la España actual y aunque como dijimos pesimista, trasluce en el fondo un orgullo enorme de pertenecer a él y de los logros conseguidos. Esta visión, compartida por muchos es la mejor garantía de que este rico legado se conservará sea en uno o en varios estados porque es la mejor prueba de vitalidad que pueda existir.

Miguel Anxo Bastos Boubeta

miguelanxo.bastos@usc.es

Universidad de Santiago de Compostela

España